



Ricardo Azuaje

# **El paso de las montañas**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ricardo Azuaje

## El paso de las montañas

Celia sirve más ron y trae la botella consigo, afuera la lluvia continúa y deseo que no acabe nunca, que se mantenga mientras dure mi vida, eso que yo insisto en llamar vida y que no es más que horario, un disco girando y la máquina de afeitar crucificada y desechable -con doble hojilla- en el borde del lavamanos. Palabras, asociaciones de y Celia mirándome, indagando con los ojos si he cambiado de estado de ánimo o si acaso insisto en permanecer igual, esperando mis palabras para confirmar el veredicto y darme la extremaunción o el abrazo místico. Quietos, actitud que contrasta con lo que nos rodea, verdadero movimiento de masas, caída de fauna y flores, derrumbes continuos, todo el interior convulsionado (¿cuál interior?) y la pregunta nace así, entre paréntesis. Mueve un pie y con ese acto todo lo descontrola, ha roto el pedazo de inmovilidad en el que estamos sumidos desde hace un buen rato. No comprendo cómo puede aguantar tanto, qué la retiene aquí, en ese hueco de alma, en esta mierda, desde hace más de dos horas. La lluvia no es, porque vino en el carro de su viejo.

-¿Quieres escuchar de nuevo la historia?

-La has contado ya dos veces.

-Esta será una versión diferente.

-¿Por qué no hablar mejor de lo que te tiene así?

-Porque es poco serio y además te aburrirías pronto, prefiero contarte la historia.

-Cuenta entonces, si te hace bien.

Bien me haría pegarte por ese tonito de lástima con que soltaste la última frase, bien me haría estallar en estos momentos y desaparecer de tu faz, y de la mía, bien me haría [411] tener a Mercedes en estos momentos en mis brazos, para así estrangularla con comodidad y buenas costumbres, bien me aría ahorita sobre la cultura occidental, los buenos amores y la compasión de Celia. Pero soy un muchacho reprimido y educado, y Celia es una buena amiga que se vino al primer telefonazo-SOS del amigo en problemas, el amigo desdichado que sólo la llama cuando está así, desdichado, deshilado, desharrapado. La verdad es que hay que ser bien rata para utilizar a una persona de este modo, como paño de depre, como servilleta desechable, reencontrable cada vez que se necesita. Debería mandarla al coño después de explicarle el porqué y seguir solo con mis movimientos sísmicos y anímicos.

-La cosa empezó en un pequeño pueblo del Perú.

-¿No era en Ecuador?

-Te dije que iba a ser diferente. La noticia no trascendió mucho porque se dio en una zona controlada por «Sendero Luminoso», conocido grupo guerrillero. El hecho es que un pueblo desapareció de golpe, los familiares inquietos avisaron a las autoridades, pero nadie se atrevió a ir al sitio a confirmar los rumores. La segunda noticia también pasó inadvertida, pues no fue más que una profecía proferida por un viejo y poco confiable ciego de Quito, mendigo de profesión; éste ante las puertas de la Catedral dijo que un gran cataclismo se acercaba y que Quito sería la primera ciudad en ser barrida de la faz de América.

-¿Qué ganas inventando historias como ésta?

-Me distraigo.

-Y así no piensas en lo otro.

-Podría ser. ¿Me dejas continuar?

-Sigue, desaparece Quito, ¿no?

-No, La Paz, te dije que había que confiar poco en ese ciego. Un gran terremoto, aparentemente, pero los sobrevivientes hablan de montañas lanzándose encima de la ciudad, como si estuvieran vivas. Nadie quiere creerles hasta que los satélites y los andinos se encuentran con que toda la cordillera está en movimiento. Pueblos y ciudades enteras [412] desaparecen aplastados por montañas que devoran calles y hombres con una furia y poder fuera de cualquier proporción humana, y cientos de geógrafos y geólogos mueren de derrame cerebral y ataques cardíacos tratando de encontrar respuesta lógica a lo que está sucediendo. ¿Dónde estábamos tú y yo cuando todo esto sucedía?

-En la Gran Sabana.

-No, eso fue antes, en Caracas, en este apartamento. Veíamos las noticias por televisión mientras hacíamos el amor sobre la alfombra que tanto gusta a mis viejos.

-A propósito, ¿cuándo regresan?

-Mañana o pasado. ¿Qué importancia tiene? Después del último y soberbio coito-orgasmo-eyaculación, prestamos atención a lo que decían. ¿Qué decían?

-La última vez dijeron que las montañas avanzaban sobre la selva amazónica, un grupo, mientras las otras continuaban haciendo desastres en la costa del Pacífico, y que la súbita vida adquirida por las montañas andinas parecía estar contagiándose a otras cordilleras.

-Siguen diciéndolo. Después de hacer comentarios sorprendidos y un poco asustados, llegamos a la conclusión de que es lo mejor que pudo suceder, ya que no es posible la revolución, ya que no es posible un verdadero cambio, que las montañas arrasaran con todo,

antes que nosotros hagamos lo mismo con toda esa sofisticada tecnología radiactiva al alcance de un bobo como Reagan o cualquier ruso chocho.

-¿No somos demasiado pesimistas en tu cuento?

-Sí, en mi cuento somos dos pesimistas.

-En tu cuento, ¿quieres más ron?

-Bueno. El Consejo de Seguridad de la ONU se reúne en busca de una solución al problema, no consiguen ninguna, pero tampoco se inquietan mucho; total, el fenómeno nada más se está dando en Latinoamérica, mientras no salga de allí.

-Pero sale de allí. [413]

-Eres una muchacha informada. Las Montañas Rocosas comienzan a moverse, también las Apalaches, Centroamérica es un caos.

-Siempre.

Volcanes viejos y nuevos avanzan haciendo erupción, estallando en un mar de lava y reconstruyéndose nuevamente. Señores de la Tierra, rompiendo una breve inmovilidad de millones de años, lentos y torpes al principio, niños inmensos dando sus primeros pasos, luego, seguros, avanzando en línea recta o en zigzag, cada vez más rápidos, como si alguien los esperara, como si tuvieran destino, comportamiento de dunas, aunque no sea el viento quien los mueve, aunque no sean de arena.

Y Celia levanta una rodilla que con los juegos de sombra se convierte en una montaña conocida, una del Ávila, laderas depiladas, despiadadas. Nos encontramos medio iluminados por tres velas colocadas en los rincones de la sala, a veces alumbrados completamente por un relámpago que se pega a la ventana del balcón y dispara su luz en todo el apartamento. Ambiente esotérico, dijo Celia al entrar, luego dijo, vine, y sonrió.

-Nosotros escuchando las noticias de lo más tranquilos por televisión, sabiendo que montañas gochas se abren paso por el Amazonas, que ya en nuestros Andes algunas ciudades han desaparecido: Mérida, San Cristóbal, Valera. Viendo cómo la ciudad va quedando desierta, los que pueden darse el lujo escapando por avión a Europa, otros agolpándose en los puertos con la esperanza de embarcarse antes de la llegada mortal de las serranías. Caminamos abrazados por avenidas solitarias, entramos en supermercados abandonados y tomamos las pocas cosas que necesitamos, sobre todo velas y pilas para linterna y radio (desde hace varios días no hay luz eléctrica). Una tarde nos detenemos frente a las torres de Parque Central, los órganos genitales de Caracas (así los llama Celia), tienen apenas unos cuantos días solos y ya parecen edificios antiguos, en ruinas, toda Caracas se asemeja a una [414] antiquísima ciudad durante miles de años deshabitada, ahora descubierta por un par de arqueólogos nihilistas y lujuriosos que hacen el amor en Los Caobos, sobre una mesa en Sábana Grande, en el Parque del Este, en la Catedral de Caracas, en la Plaza Bolívar y, finalmente, en Miraflores (el Presidente se ha trasladado

pronto con todo el gabinete y parte del Congreso a París -afrancesados hasta el fin-, ahora gobierna desde el exilio). De vez en cuando levantamos la vista al Ávila, pasamos un buen rato estudiando su comportamiento, hasta ahora nada extraño hemos visto, ningún movimiento sospechoso, es decir, ningún movimiento, aunque Celia le ve una actitud nueva, de expectativa, de acumulación de fuerzas antes de lanzarse sobre la ciudad. Nada raro sería, pues ya en Aragua, en la zona del Parque Henri Pittier han comenzado a moverse, la carretera que lleva a Ocumare de la Costa desapareció y del pueblo no se sabe nada, de por sí, ya poco sabemos, la televisión dejó de funcionar y las pocas noticias que nos llegan son a través de estaciones de radio de las Antillas, por una de República Dominicana nos enteramos de que los norteamericanos en un intento desesperado lanzaron un misil atómico sobre un pico de Alaska que se acercaba a Nueva York; como resultado, Nueva York dejó de existir mucho antes de que llegara el pico. El continente está quedando despoblado, las islas del Caribe también, qué solos estamos.

-Qué solos estamos.

-Celia Eco, deja de repetir mis palabras.

-¿Nos salvaremos esta vez?

-Por qué no, nos salvamos en la primera y en la segunda versión. Volvemos al apartamento y nos quedamos en él, decidimos que aquí esperaremos el final, el holocausto, igual que Hitler y Eva Braun. Apagamos el radio y pasamos el tiempo bebiendo, haciendo el amor y jugando cartas, también hablando.

-Sobre todo de ti.

-Me estás cambiando el cuento, Celia. [415]

-Ya que participo en él, tengo derecho. Déjame jugar también, porque es un juego, ¿no?

-Sí, podría decirse que es un juego.

-Y no es un solitario, ¿verdad? Entonces hablamos, amenazados por montañas que aún no atacan, hablamos de ti y de Mercedes.

-Pobrecita, se encontraba en La Paz cuando comenzó la movilización.

-Así que la mataste.

-Yo no, la muy respetada y hartó alabada Cordillera de los Andes.

-Mercedes te dejó y por eso me llamaste, el despecho, la depre, llamar a la pajúa de Celia para buscar consuelo o por lo menos descargar.

-Te estás saliendo del juego, Celia.

-No, porque de eso hablamos mientras las cordilleras se acercan, mientras esperamos el fin. Mercedes te cortó las patas y por eso la depresión, este raro despecho donde has tenido la amabilidad de incluirme.

-No te pedí que vinieras.

-Llamaste por teléfono y empezaste a hablar de montañas y muerte, con un tono. Tenía que venir.

-Santa Celia del Llanito, serás canonizada por este acto de piedad y misericordia. Si quieres te vas.

-No puedo.

-Sí puedes, pero te da pena, anda, vete, miraré para otro lado mientras lo haces y así no te dará tanta vergüenza.

-Marico. No quiero irme, quiero saber cómo termina esta historia.

-Sigamos con la historia entonces, pero antes te aclararé que no estoy como estoy porque Mercedes haya hecho mutis, aunque en parte ayudó, como catalizador, factor desencadenante. Es otra cosa, chama, no logro comprenderlo qué pasa, no veo sentido a nada, la Tierra sigue girando de pura estúpida que es, porque todo está perdido y lo que no [416] está perdido debería estarlo. Dime que no estoy en lo cierto, mentirosa, dime que hay esperanzas y te escupiré a la cara.

-Hay esperanzas; si me escupes te entraré a patadas.

-¿Esperanzas de qué?

-De que todo cambie, de que tengamos tiempo de cambiarlo, cambiarnos.

-Ya pasó la hora en que podíamos hacer los cambios, ahora viene la caída, el vértigo final. Estamos cayendo desde hace tiempo, ¿no te das cuenta?

-Cuenta me doy, pero de lo triste que es tu actitud, esa posición de muerte para esperar a la colega, antes preferías pelear.

-In illo tempore, ahora estoy un poco más lúcido.

-Yo diría que un poco más vencido.

-Allí dejamos de hablar de mí y nos da por hablar de las condiciones del tiempo, la topografía y tú.

-De mí no hay mucho que decir, una profesora de bachillerato sin mayor futuro, una retardada que se empeña en estar con tipos que no la quieren. No -sacude la cabeza-, estás contagiándome tu desánimo, yo creo en la vida, en un futuro mejor, en un mundo diferente.

-En otro sistema solar, supongo.

-No, aquí, cínico de mierda, escéptico chimbo, despechado pretencioso. Te deja una mujer y las montañas empiezan a moverse y todo se desmorona, nada sirve, no hay esperanzas. Eras diferente cuando te conocí.

-Era un dechado de virtudes revolucionarias.

-No tanto, pero estabas más del lado de la vida, no como ahora.

-Y pensar que hablamos de cosas tan intrascendentes mientras la Sierra Nevada posa su piedemonte andino sobre San Carlos de Cojedes,

-¡Vete al carajo con tus cerros locos!

-No son míos, recuerda que el suelo y el subsuelo son exclusivo patrimonio de la nación.  
¿Te vas? [417]

Levantada, con un aire resuelto, con la chaqueta y la cartera en las manos, de pie frente a mí, mirándome con rabia. Pasa un ángel por nuestro silencio y sus ojos se suavizan, el aire de resolución es respirado por los dos, sus piernas se desmoronan y vuelve a quedar sentada en la alfombra.

-¿Adónde puedo ir? ¿Qué voy a hacer en una ciudad donde sólo quedamos tú y yo?

Un traidor suspira aliviado dentro de mí, la compañera de juego se queda.

-Las montañas acercándose cada vez más, nosotros sintiendo en el aire, viendo salir de todos los rincones del Ávila grandes bandadas de aves en busca de un lugar seguro, que el día se aproxima.

-¿Nos iremos antes que llegue?

-¿Para qué? Ya no hay barcos en los puertos, y los que no han muerto parecen haber logrado escapar. Una madrugada escuchamos un trueno gigantesco, nos levantamos y vamos a la ventana, la oscuridad es total; sin embargo, percibimos una mole negra en movimiento, una masa de enormes proporciones. Dos horas después podemos contemplar con el amanecer la destrucción de la ciudad a manos de sus montañas.

-Y por primera vez las vemos en movimiento.

-Se arrastran, arrancándose de cuajo de sus sitios de origen, mueven sus lomas con ritmos de respiración animal, el aire se llena de ruidos de todas clases, silbidos, chillidos, voces de tenor y sopranos que no son humanas, que vienen de ellas.

-Avalanchas de piedras y de árboles, trozos de verde rasgándose de un solo golpe, piedra desnuda y roja sangrando agua y arena.

-Chorros de agua disparados con increíble fuerza contra el cielo, cubriendo con una llovizna espesa todo el valle. El estruendo aumentando hasta hacer doler los oídos.

-Los edificios caen, grandes grietas surgen por todas partes, el asfalto salta y en algunos sitios estallan tanques de [418] gasolina, el amanecer claro ha dado paso a una atmósfera densa cargada de agua y tierra y grandes capas de neblina que salen de las montañas y ocupan el valle.

-Contemplamos inmóviles el espectáculo, fascinados por la destrucción a gran escala, son pocos los edificios que quedan en pie.

-Vamos a morir si no nos movemos.

-Una pequeña colina con dos paredes de una quinta encima de ella barre con la avenida, roza el edificio, tiembla bárbaramente, pero no se derrumba.

-Eduardo, vamos a morir si no nos movemos.

-Un rancherío se viene abajo y desaparece bajo una tierra negra y fangosa, el Guaire es ahogado por el barro y un cerro estalla con furia hacia el oeste. Por un momento todo se calma, las montañas se detienen, respiran agitadas, la mayoría conserva la cubierta de árboles, navegantes involuntarios en este mar de tierra.

-Entonces aprovechamos la oportunidad y abandonamos el edificio, corremos a través de los escombros buscando una salida.

-Pero no hay salida, toda América es una tormenta, olas de hasta cinco mil metros barriendo con todas las civilizaciones e historias que existieron o que estaban por existir.

-Pero en Caracas el oleaje se ha detenido por un buen rato, rato que aprovechamos para salir de la ciudad en un carro que medio funciona y buscar el mar.

-Alargas la agonía, Celia. Las montañas observan burlonas nuestra inútil fuga, ronronean y juegan entre ellas.

-Son brutas, no piensan, no actúan como seres vivos. Observar, burlarse, jugar, son atributos que les damos nosotros en la huida.

-Que se corta al encontrar la autopista desbaratada.

-Bajamos y continuamos a pie.

-Reanudamos el movimiento sin prestarnos mucha atención; aun así, en más de una ocasión tenemos que apartarnos ante una colina que avanza sobre nosotros. Corremos siempre hacia [419] el norte, buscando el mar, atravesando valles recién nacidos que morirán pronto para crear otros nuevos. En uno de esos valles encontramos un cerro rojo dando traspies hacia nosotros, cuando vamos a retroceder vemos que las montañas se han cerrado atrás, estamos en un callejón sin salida, atrapados.

-Entonces descubres que el cerro rojo tiene un sendero que lo cruza por el medio, y en un gesto de audacia que no nos perjudica subimos por él y es rara la sensación de estar caminando sobre una tierra que se mueve, que si a ver vamos nada tiene de extraño, pues es lo que hacemos desde que nacemos. Al llegar al tope vemos una tuna, dices que ella debe ser la capitana de ese barco, ya que es el único vegetal en todo el cerro. Le hacemos una reverencia y bajamos al otro lado, estamos salvados.

-Muy bonito. Finalmente llegamos al mar después de casi un día de camino, una playa solitaria con apenas una palmera y pequeñas olas que temerosas llegan a nuestros pies. El paisaje ha cambiado de tal modo que no sabemos dónde nos encontramos, en algún sitio del Litoral, supongo. Acostados en la arena y viendo las estrellas nos damos cuenta de lo absurda que ha sido nuestra huida, ya nadie queda, no hay barcos que nos puedan sacar, no hay ninguna oportunidad de sobrevivir. Mañana o pasado moriremos.

-Tú siempre tienes una aventura y la terminas mal.

-Si querías un final feliz debiste ir al cine, no venir aquí.

-Nunca nos pasa nada, y cuando pasa...

-Mientes, infame Celia, viven pasándonos cosas.

-La mayoría falsas, inventadas por nosotros, tus depresiones, mis crisis. Hablo de cosas de verdad.

-Como las montañas.

-Quisiera explicarme mejor, pero soy muy bruta. Algo real nos está sucediendo ahora y vamos a perder.

-Nada real está sucediendo, chama.

-Sí, sí, nos está pasando aquí y en una playa del Litoral, estamos juntos en un mundo cambiante y hostil, buscando una salida aunque quizá no haya, rompiendo con la desesperanza [420] y el tedio, inventando, haciendo el amor o escapando de montones de tierra en movimiento. Lo demás es tan soso, tu vida, la mía, nuestra rutina. Eduardo, ¿nos salvaremos?

-Recibimos el amanecer despiertos, escuchando un escándalo tremendo a nuestras espaldas; tú dices que a lo mejor las montañas que venían del Amazonas ya llegaron y están dándose abrazos con las de la Cordillera de la Costa, y cercanos a un final que nos parece inevitable, reímos librándonos así del terror que empezábamos a sentir de nuevo, la muerte puede llegar hasta nosotros ahora, nos encontrará despejados, tranquilos, con un sentimiento de plenitud hace años no sentido. A unos cien metros de la playa conseguimos un pequeño manantial y una mata de mango, saciamos nuestra hambre y sed y volvemos a la playa, allí hacemos el amor con una lentitud de montañas, como ellas deben hacerlo, apoyando los bordes, buscándose las cimas, uniendo las quebradas y barrancas, los árboles de diferentes sexos, familias y especies, resbalando por las laderas con la humedad del rocío, estallando de placer con nuevos manantiales, o quizá lava del centro de su corazón.

A medida que hablo, Celia ha ido acercándose, apoya sus codos en mis rodillas y acaricia suavemente mi cara, mirándome con una dulzura que no me gusta. Mentira.

-Tomamos un largo baño de mar y sol y nos dormimos como sólo pueden dormir las montañas después de una sesión de amor, y por primera vez en nuestros sueños no penetra el trueno permanente de las montañas y es como si nada hubiera sucedido y estuviéramos pasando un fin de semana en la playa, como hacíamos antes de que te diera por Mercedes, los amores estables y con horario de visitas.

-Deja las indirectas.

-No es una indirecta. Pero al despertar la realidad es mucho más hermosa porque una de las montañas se ha retirado y la pequeña playa se ha convertido en una larga franja de arena y el atardecer enrojece el cielo. Volvemos a bañarnos y después damos una larga caminata por la playa. [421]

-Es cuando vemos el barco, un pesquero que va a unos doscientos metros de la costa y desde el cual varios hombres nos hacen señales. Tardamos unos minutos en reaccionar y, cuando nos movemos, ya dos marineros están delante de nosotros indicándonos que abordemos el barco y preguntando si hay agua dulce cerca.

-Subimos al barco con cierta resistencia, todavía aturridos por un rescate que no esperábamos, nos habíamos acostumbrado a la idea de vivir y morir ante un paisaje cada día nuevo. Me abrazas y dices no te preocupes, ahora el paisaje cambiará dentro de nosotros, seremos cada día distintos.

-¿Te dije eso?

-Sí, y me besas también.

Deja ir su cara hasta la mía y el verbo se hace carne, sobre todo labios y un pedacito de lengua viva. Aparta su cara con suavidad y sigue hablando.

-Conversamos con los otros supervivientes que se encuentran en la cubierta, nos dicen mientras nos pasan una cobija y un trago de ron que somos los últimos y que nuestro destino es Europa.

-Un negro puertorriqueño que está sentado a nuestro lado dice que escuchó hace unos días noticias de allá y que son poco alentadoras. La primera, que los campos de refugiados están superpoblados y faltan recursos para mantenerlos, que ha habido varios motines por los malos tratos con numerosos muertos y heridos como resultado, que algunos los llaman campos de concentración y a los americanos neojudíos, que ni los europeos ni los africanos quieren recibir más gente. La otra noticia es que algo extraño está pasando en los Montes Urales, pero los rusos hasta ahora no han querido decir nada. Cuando el negro termina de hablar, tú dejas caer un verso de Gerbasi que aprendiste en bachillerato: Venimos de la noche y hacia la noche vamos. Los marineros regresan con pimpinas llenas de agua y el barco comienza a moverse, nuestra aventura está concluyendo, aquí. [422]

De nuevo los labios, entonces Celia y el deseo renaciendo de las cenizas de los cigarrillos muertos. Por esta noche lluviosa no más montañas, no más Mercedes muertas en La Paz ni mundo resquebrajándose con pequeñas miradas críticas y deprimidas. Por esta noche. Nos levantamos y vamos apagando las velas camino al cuarto en busca de la cobija y el trago de ron ofrecido por los otros sobrevivientes. Desnudos, haciendo los preparativos para el acto que tantas veces hemos nombrado esta noche. Algo en mí se rebela contra esta felicidad fácil, este barco de cuerpos que aparece justo a tiempo, asegurando el escape.

-Celia, mañana será igual.

-Yo sé.

-Mañana volveré a ser el mismo imbécil.

-¿Y quién dice que esta noche has dejado de serlo?

Ya los brazos y también las piernas, esa temperatura ambigua del primer contacto, entre frío y calor. La rebelión es sofocada por pequeños senos -como colinas- temblando y lenguas que se cruzan y palabras.

-Malditas las ganas de ir a parar a un campo de concentración en París o Nigeria.

-De dejar nuestras montañas, nuestros sueños.

-Pero peligros nuevos cada día, ninguna seguridad de conseguir alimentos siempre.

-Y estar siempre en movimiento, como ellas.

-Entonces, sin pensarlo mucho saltamos por la borda y nadamos hacia la playa, al llegar caemos agotados en la arena y jadeando vemos cómo el barco se aleja; luego, nos miramos, reímos y tú dices deben pensar que estamos completamente locos.

-Y es verdad, estamos locos.

La última palabra cae con un relámpago largo que permite ver por unos segundos los contornos del Oriental, seguido de un poderoso trueno, como pocas veces hemos escuchado.

(A imagen y semejanza)

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

